

CARLOS FUENTES Y LA REVOLUCION TRAICIONADA

POR

ALBERTO DIAZ-LASTRA

Hace poco más o menos un año, para empezar mis colaboraciones con CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, presenté una nota sobre *La región más transparente*, de Carlos Fuentes (C. H. 175-176, p. 242), primera novela del autor que desde su aparición, en 1958, se ha colocado como el novelista más importante de México y como uno de los intelectuales más serios y de mentalidad más clara en Hispanoamérica. Ya cuando salí de mi país, hace un par de años, estaba publicada toda la obra conocida de Fuentes: la mencionada, *Las buenas conciencias* y *La muerte de Artemio Cruz* (Fondo de Cultura Económica. Colección Popular. México, 1962), de la que me ocuparé en este trabajo; pero ha sido hasta hace poco cuando este autor ha sido divulgado y autorizado en España.

De aquella primera novela a esta última son múltiples las consideraciones que podemos hacer de la obra de Fuentes: hay un descenso en *Las buenas conciencias* y una retoma del tono grande, superado, en *La muerte de Artemio Cruz*. Expliquémonos. *Las buenas conciencias* es la primera parte de una tetralogía que con el título de *Los nuevos* anunció el autor en su aparición. El público estaba a la espera ansiosa de la segunda novela de Fuentes, y su publicación, como parte de una tetralogía, sorprendió a más de uno. Pero la novela decepcionó. No quiero decir con esto que haya sido considerada una mala novela, ni mucho menos; la garra y la profundidad de Fuentes estaban presentes. Pero aquel mundo alucinante y ambicioso de *La región* estaba minimizado. Por otra parte, *Las buenas conciencias* es una novela de recorte más clásico, más convencional; y si Fuentes había sorprendido en su primer enfrentamiento con el lector, había sido por su ruptura vigorosa con todo lo que oliese a tradición o convencionalismo narrativo.

Pasó algún tiempo después de aquella primera parte. Novela completa en un todo, había planteado, sin embargo, el devenir de más sustanciosos acontecimientos, después de narrar la niñez y primera juventud de Jaime Ceballos—su protagonista—, su rebeldía y su final sometimiento a la sociedad y los formalismos de las «buenas conciencias». Pero no hemos vuelto a saber nada de aquel asunto. Fuentes terminó,

por lo visto, la segunda parte; pero jamás se publicó, fué destruída: «me resultaba pedestre». Y con aquella declaración Fuentes nos sumió en una espera vaga, sin que supiéramos por qué parte vendría el siguiente golpe.

Y por fin pudimos leer *La muerte de Artemio Cruz*. Desde entonces las opiniones se dividieron: ¿Cuál es mejor novela, *La región o Artemio Cruz*?

En cuanto a su primer libro, dije que era una novela urbana, un paso definitivo que dejaba la novela dictada por la geografía (los llanos, la pampa, la selva, etc.) para entrar de lleno en la moderna ciudad hispanoamericana, producto de conquista-colonia-independencia-revolución-luchas sociales. En efecto, la ciudad de México juega papel importantísimo en aquel caso. A través de su devenir histórico, Fuentes retrata los más trascendentes sucesos que han producido esa urbe nueva y desconcertante. Y ya hay en algunos momentos, en ciertos personajes—Federico Robles—, una dura crítica a los procedimientos post-revolucionarios de México. Y éste ha sido el nuevo asunto; él es Artemio Cruz.

Artemio Cruz, mestizo, hijo de un señorito duro y elemental y de una india, mulata, sometida e intrascendente, ha de ser revolucionario, triunfador y «nueva clase» de una revolución traicionada. Al compás de los primeros tiempos de paz relativa—un sinfín de factores, de artimañas, de abusos, de cobardía y valentía—se ha de colocar en el candelerero político hasta escalar todos los peldaños del poder y el dinero.

Artemio Cruz empieza «Yo despierto...» en la cama de enfermo de la que ya no ha de levantarse, víctima de un infarto al mesenterio que los médicos no descubren hasta que no hay nada por hacer. Durante la corta y penosa agonía, tres voces distintas de Artemio Cruz nos van recordando su vida. El «Yo» del anciano con su cuadro familiar presente, el «Tú» de una conciencia-autor que más condena que recuerda, y el «El» de una voz más impersonal y a menudo indiscreta dentro de su propia vida.

Esta es la estructura seguida por Fuentes. Vuelve, sin embargo, a los subtítulos, que son otras tantas fechas, y a los que ya nos había iniciado en su primer libro, para situarnos únicamente en el momento del pasado sobre el que habla, y del que a menudo tenemos que hacer un esfuerzo para entroncar los diferentes momentos en este singular contrapunto.

Pero entremos de lleno al asunto de la novela. Durante varios, muchos años después a la revolución, México se regodea con la literatura nacida de aquélla y con sus relatos épicos y magníficos. La propaganda

oficial, siempre a caballo de la frase «la revolución sigue en marcha», convierte el aserto en demagogia cansada de la que, salvo sus instituciones, todo se ha venido perdiendo o caricaturizando con el paso de los años. Una generación de autores de distintas edades, pero que entran en contacto con el problema sobre las mismas fechas, adoptan la posición de censores de la revolución—no de aquella que *se hizo*, sino de ésta de la que *se habla*—para denunciar sus inactualidades, sus inmoralidades y, sobre todo, su «nueva clase». Esta es la novela social o comprometida del México actual. Y ellos son Juan Rulfo, Fernando Benítez y Carlos Fuentes, en primera línea, y varios autores más de no tantos vuelos literarios, como Edmundo Valadez, Sergio Galindo y Tomás Mojarro.

No se ha escrito—al menos que yo sepa—que la revolución no haya sido noble, justa y necesaria. Pero se ha denunciado que los ideales alimentados por Emiliano Zapata—«tierra y libertad»—o Francisco Villa fueron posteriormente deformados para crear una nueva frontera. En otras palabras, un «quítate que me pongo» que colocó a los hombres duros que sobrevivieron a la contienda en el antiguo pedestal que ocuparon los derrocados del porfirismo y sus «científicos».

Abel Quezada, un dibujante editorialista que colabora en los más importantes periódicos de México, publicó hacia 1957 una viñeta doble que encabezaba con dos fechas: 1900, un grupo de individuos de aspecto patibulario, embozados y cargados de armas y bombas de mano, conspiran alrededor de una mesa de bar, mientras otro grupo de jóvenes «lagartijos», muy relamidos y señoritos, comentan alegremente en la barra del mismo sitio; debajo de aquéllos: *Liberales*, debajo de éstos: *conservadores*. El siguiente dibujo es el mismo, salvo el atuendo de los señoritos, muy a los años cincuenta, y los pies de grabado, invertidos. La parodia es válida, aun cuando no sea cierto que en esta encrucijada sean los conservadores los que conspiran. Pero es una manera por demás clara de ver a los antiguos liberales con la sartén del poder tomada por el mango.

Este es el Artemio Cruz de Fuentes. Un hombre violento, terrible, inconfesablemente cobarde y temerariamente valiente; macho de una pieza cuando hay lugar. Un hombre que al finalizar la lucha cae como distraídamente en la casa de un compañero de lucha al que vio morir fusilado; un hombre bueno, honesto y positivo al que ejecutan sin que él—Artemio—haya logrado comprenderlo. Y, después, ahí está el joven Cruz ganándose a aquella familia que es más que consciente de su patraña. Pero ellos saben que no hay lugar a un tercer camino. Este hombre que llega ahora es el único capacitado para salvar la hacienda

familiar. Casarse con la hermana del muerto es el principio del nuevo imperio: Las tierras deben ser repartidas; pero sólo aquellas de escaso valor, que únicamente harán que el indio quede cercano como brazos disponibles para el nuevo hacendado. Nada puede detener ya a Artemio Cruz. Se está cobrando por los años de pelea. Por la muerte de su único amor limpio —una chiquilla de dieciocho años a la que conoce violándola en la toma de un pueblo—, que es una de las víctimas inocentes de la guerra. Se venga de los años de sometimiento y hambre en todos los sentidos.

Artemio Cruz llega a la capital cuando sus encuentros financieros le valen ya un resabio considerable. En la gran ciudad entrará de lleno en la política y sus prebendas. Unos terrenos de las afueras que serán urbanizables, un gran periódico, consorcios industriales con firmas americanas de las que acepta ser hombre de paja para luego llevarse la parte del león... y todas las inmoralidades político-administrativas a las que la época es más que propicia. De ahí sólo queda un paso a la diputación. La Cámara en el momento álgido del nuevo Gobierno; la incondicional adhesión —«a sus órdenes, señor Presidente... Para servir a usted incondicionalmente, se lo aseguro, señor Presidente...»— a la nueva dictadura de Plutarco Elías Calles a finales de los años veinte. Y de allí, al ministerio. El hombre fuerte. La roca inamovible que con sagaz intuición sabe colocarse del lado de la marea para que, caiga quien caiga, continúe enhiesta, triunfante.

Pero Artemio Cruz está hecho de carne, huesos y sentimientos como todos los hombres, y no puede escapar a las eventualidades que hacen de su vida una cadena de odios y afectos, de amor y de crueldad. Remigia fué aquella mujer de su juventud que se colaba distraídamente en los pueblos que habrían de ser tomados por los rebeldes, para esperar al triunfador —el teniente Cruz— sin preguntas ni ropas. Y el teniente Cruz se presta al hermoso juego secreto del engaño, que les permite olvidar su primer contacto para decir que fué una tarde plácida, cuando ella estaba sentada en una roca junto al mar, que lo vió reflejarse en el agua de un charco y supo que pertenecería a él para toda la vida.

Hace poco he leído una reseña de Rafael Conte sobre esta misma novela. Opina que la reiterada sensualidad del *Artemio Cruz* hacen que en ciertos momentos se pierdan un poco de vista los problemas fundamentales. Desde luego he disentido de él (sólo en este punto, pues en lo demás estamos sobradamente de acuerdo). Las mujeres en la vida de Artemio Cruz son fuerza y motivo. Sabemos a través de las páginas de cinco o seis que en sus distintas etapas mueven profundamente al

personaje. Remigia es sólo el encuentro con el amor. Y, por tanto, el recuerdo de algo puro, inmarcesible pese a los sucesos posteriores. Pero después de ella está su mujer, la que toma por esposa y que es clave de su éxito, pero de la que se enamora totalmente; una mujer que ha de luchar hasta con su sensualidad conquistada para no doblegar su orgullo ante el macho que todo lo hace pertenecible:

«Se levantaba de la cama, trenzando el pelo suelto, sin mirar hacia el lecho desordenado. Encendía la veladora y oraba en silencio, como en silencio demostraría, durante las horas del sol, que no había sido vencida, aunque la noche, el segundo embarazo, el vientre grande, dijera lo contrario. Y sólo en los momentos de verdadera soledad, cuando ni el rencor de lo pasado ni la vergüenza del placer ocupaban su pensamiento, sabía decirse con honradez que él, su vida, su fuerza... «... me ofrecen esta extraña aventura, que me llena de amor...»

Y después del rechazo de esa mujer, con la que seguirá—aunque sólo sea oficialmente—viviendo el resto de su vida, viene otra que ocupa la vida de Artemio Cruz. Una dama elegante, exigente, refinada, una mujer que no quiere jugar el papel de segunda vida del político. Y una más, la joven tonta y ambiciosa a la cual Artemio Cruz perdona hasta la traición, convencido de que—al menos en ese aspecto—ya no es el hombre que todo lo tomó a su manera.

Este contrasentido de la fuerza y el poder acompañan al personaje durante todas las páginas. Es de una pieza; pero a la manera mexicana. Llorando cuando hay algo que lo exija, pidiendo, suplicando, bravuconeando.

No podía faltar, junto a los demás elementos que conforman la novela, esa presencia rotunda y casi alegre de la muerte mexicana. Esa inevitable compañera de la vida que hace a Fuentes citar el verso de una canción popular: «No vale nada la vida: la vida no vale nada». Artemio mata, ve morir, está muriendo. En ningún momento se pierde de vista, que todo a cuanto asistimos está siendo revivido por un moribundo. La primera persona: «Yo...» nos trae de nueva cuenta al Artemio agonizante que ve desfilar los sucesos trascendentes de su existencia en un alud incontenible que mezcla, salta, arrebata. Como si los desvaríos, el delirio de la semiconciencia última, armasen la novela con su aparente incoherencia y las tintas cargadas de lo vivido.

Pero en todo tiempo—y ésa es la tónica fuerte del libro—está presente el político inmoral. El representante tipo de la nueva clase entronizada por la revolución, o al abrigo de ésta. No el político preparado en las aulas universitarias, ni el crecido al abrigo de la normalidad de un sistema de Gobierno, sino el nacido de la lucha y creado en el am-

biente del «tenebroso». Esta palabra, acuñada hace algunos años en la jerga política de México, califica perfectamente este estilo de hacer política: «tenebrosar»: hacer el juego sórdido y tenebroso, al amparo de la oscuridad, hablándole a la gente al oído, indisponiendo, chaqueteando.

Si *La región más transparente* fué la novela de la ciudad de México, la aproximación a sus diferentes estratos sociales y su acontecer histórico, *La muerte de Artemio Cruz* es la novela del «nuevo rico» surgido de la política tenebrosa post-revolucionaria. Los censores de la revolución «destapan» las inmoralidades insistiendo una y otra vez en los personajes-tipo. El cacique de *El agua envenenada*—de Fernando Benítez, Fondo de Cultura Económica, México, 1961—; el hacendado *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo—de la misma editorial—; el Federico Robles de la primera novela de Fuentes, y el Artemio Cruz de ahora. Curiosamente, en ese mundo literario que Carlos Fuentes se ha venido creando, Federico Robles aparece también en su última novela; también pasan por sus páginas otros personajes de *La región*: Roberto Régules, su esposa y su hija, esta última novia del joven Jaime Ceballos, personaje central de *Las buenas conciencias*. Una sociedad como la *Yoknapataupha*, de Faulkner, sólo que en este caso siempre México, y con sitios y fechas perfectamente identificables.

Realmente sería difícil extraer de esta novela los momentos felices. Abundan y la casi totalidad de las páginas, salvo, quizá, algunas parrafadas verborreicas de Fuentes, son de un clímax definitivo. Una unidad poco común a las letras de Hispanoamérica, con ese estilo rudo, bronco y desgarrado que es quizá la tónica de mayor excelencia en Carlos Fuentes:

«—No te lo diría si no estuviera seguro que de aquí no salgo. Carranza me mandó en esta misión con el puro objeto de que me agarraran y fueran ellos los responsables de mi muerte. Se le metió en la cabeza que más le valía un héroe muerto que un traidor vivo.

—¿Tú traidor?

—Depende de como los mires. Tú nada más has andado en las batallas; has obedecido órdenes y nunca has dudado de tus jefes.

—Seguro. Se trata de ganar la guerra. Qué, ¿tú no estás con Obregón y Carranza?

—Como podría estar con Zapata o Villa. No creo en ninguno.

—¿Y entonces?

—Ese es el drama. No hay más que ellos. No sé si te acuerdas del principio. Fué hace tan poco, pero parece tan lejano..., cuando no importaban los jefes. Cuando esto se hacía no para elevar un hombre, sino a todos.

La muerte de Artemio Cruz, finalmente, es la novela de la madurez definitiva del autor. Un camino encontrado y afirmado. Sin titubeos, con una seguridad refrendada página a página. Un autor que, según el catedrático Zamora Vicente, marca con sus novelas la madurez actual de las letras en habla española.

Alberto Díaz-Lastra
General Oraa, 57, 2.º
MADRID-6